Recibido: 10.2.2011
Aceptado: 25.2.2011

LAS IDENTIDADES LIBRESCAS DE DON QUIJOTE

Antonio BARNÉS VÁZQUEZ
Universidad San Pablo CEU

Don Quijote es un personaje pluridimensional, fruto de sus diversas lecturas, ya que no solo es un personaje literario en el sentido de que habita en una novela, sino también porque son sus lecturas, las diversas retóricas de los textos leídos las que le han transformado de Alonso Quijano en don Quijote de La Mancha. De modo que las identidades de don Quijote son librescas, literarias. A grandes rasgos, puede señalarse que sus lecturas humanísticas le dotaron de facetas cuerdas, y sus lecturas caballerescas le inclinaron hacia la mímesis que lo presenta como un hombre fuera de su juicio. Ambos universos literarios pugnan por imponerse a lo largo del decurso narrativo, triunfando finalmente la vertiente humanista, que logra revivir en don Quijote a Alonso Quijano, el Bueno.
Palabras Clave: Cervantes, Quijote, identidad, lectura, retórica.

The Bookish Identities of Don Quixote
Don Quixote is a multi–dimensional literary character, not only in the sense that he inhabits a novel, but also because his diverse readings and the varied rhetorical nature of the texts he has read have transformed him from Alonso Quijano into Don Quixote of La Mancha. Thus, the identities of Don Quixote are bookish, literary. It can be said in general that his humanistic readings have provided him with rational facets, while his reading from books of chivalry have inclined him toward a semblance of what could be described as a mad man. Both of these literary universes compete over the course of the novel, which ends with the victory of the humanistic side and the re–conversion of Don Quixote into Alonso Quijano, the Good.
Key Words: Cervantes, Quixote, identity, reading, rhetoric.

Si con la Real Academia convenimos en que identidad es el "conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás"; y la "conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás", podemos afirmar que la identidad de don Quijote de la Mancha es, según la primera definición, misteriosa o problemática; y, conforme a la segunda, compleja pero asumida consciente y libremente. Porque una identidad compleja puede presentarse como misterio o como problema: puede atraer o repeler. Así, Sancho Panza es capaz

de convivir con don Quijote, pese a las dificultades que supone su peregrinaje, pues la amistad hace superar esos escollos: *omnia vincit amor.* Hay personajes, en cambio, que llegan incluso hasta la indignación tras un breve diálogo —como el clérigo amigo de los duques—; y otros se burlarán... Porque una identidad compleja provoca reacciones diversas.

No todos los habitantes del universo novelesco perciben el misterio, problema o complejidad de la personalidad de don Quijote, o bien los atisban en diversos grados. Así, el Caballero del Verde Gabán, don Diego de Miranda, se muestra perplejo ante la alternativa cordura y locura de don Quijote. Su hijo don Lorenzo, en cambio, lo tiene claro: "—No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos". (II,18) Frente a este severo juicio, Basilio y Quiteria, muy poco después, consideran a don Quijote "un Cicerón en la elocuencia" (II,22), quien asegura conocerse bien:

> —Yo sé quién soy […]; y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías. (I,5)

El caballero basa su identidad en ser el que quiere ser, lo que recuerda a la libre indeterminación con que creó Dios al hombre, según Pico della Mirandola, y rechaza de plano la identidad específica y rotunda que le asigna su vecino Pedro Alonso:

> —Mire vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana. (I,5)

Comprendemos que, en realidad, un estudio sobre la identidad de don Quijote es una investigación sobre la esencia de la novela, pues el hidalgo/ caballero, el cuerdo/ loco posee una personalidad poliédrica, como reflejan precisamente los títulos de ambas partes de la obra: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605) y *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (1615), constatando así que forma parte del epicentro del *Quijote* la identidad compleja de su protagonista, que se desvela y metamorfosea a lo largo de las dos partes de la obra. Porque si don Quijote fuese un mero loco, sus andanzas podrían haber sido objeto de una novela ejemplar, como la del Licenciado Vidriera. Pero justamente porque el caballero no es un simple chiflado, su vida y su obra pueden extenderse a lo largo de un amplio tiempo narrativo, que se inicia con un Alonso Quijano transformándose en don Quijote (sin que Alonso abandone del todo el subsuelo de su persona) hasta llegar, en el lejano fin de la segunda parte, a un Alonso que aso-

ma la cabeza por encima de don Quijote.

Ambos procesos, que se narran con cierta lentitud, fueron metamorfosis cadenciosas, no tan rápidas como aquellas a las que nos había acostumbrado Ovidio. Una transformación, y aquí está el quid de la cuestión, provocada por la lectura. Don Quijote es un personaje literario engendrado por la literatura. Nace de la literatura en una obra literaria y engendra literatura. "Los hombres se parecen a los libros que leen", había dicho Erasmo: en efecto: don Quijote se asemeja a los libros que ha leído —caballerescos y no—; la multiplicidad de lecturas ha generado una multiplicidad de caracteres.

Así, el don Quijote discreto podemos encontrarlo identificado con:

- un sabio (para los cabreros); I,11.
- un poeta (para la sobrina); II,6.
- un humanista (para el Caballero del Verde Gabán); II,16.
- Cicerón (para Basilio y Quiteria); II,22.
- Catón (para Sancho); II,42.
- un Sócrates (para muchos de los que dialogan con él).

En contraposición, el don Quijote en quien la locura prevalece lo hallamos en:

- un soldado de la milicia de amor que vela sus armas; I,3.
- Sileno montado sobre un asno; I,15.
- un héroe homérico (ante los molinos de viento o unos rebaños); I,18.
- un pastor de la Arcadia; II,67.
- un Alejandro o un César con delirios de grandeza; I,1; II,2; II,60.

Once identidades que sin ser exhaustivas llaman nuestra atención sobre la personalidad quijotesca: un carácter complejo, rico, vivo, inasible. Para unos personajes, como Basilio y Quiteria —que conviven con don Quijote durante un reducido lapso de tiempo— una sola dimensión es relevante (la elocuente, en este caso). Otras veces, la asunción de una determinada identidad se opera en el interior del personaje, y la conocemos gracias al omnisciente narrador (así sucede en su autocomparación con Alejandro al elegir el nombre de Rocinante). Uno de los episodios, ya aludido, más extremos de desconcierto provocado por don Quijote se produce en el caballero del Verde Gabán, que escucha de labios del caballero un discurso elocuentísimo poco antes de su intento de lucha con un león.

Las identidades de don Quijote son de carácter retórico, literario, cultural, y se explicitan en el discurso del narrador, en el suyo propio y en el de los personajes que lo rodean. Sus identidades son producto de la mímesis lit-

eraria en la que vive inmerso, que no se dirige solo hacia los caballeros andantes, sino también hacia otros personajes, históricos o de ficción, que conoce por sus innumerables lecturas: "Yo he leído en Virgilio" (II,41), pues el hidalgo, como un hombre culto del Renacimiento, oía o leía novelas medievales tanto como poemas épicos grecolatinos. Había asimilado sus lecturas sin que en su interior se contrapusieran las tensiones entre los propios géneros literarios. Así, la enemiga entre la historia y las novelas de caballerías, acentuada por el pensamiento humanista, no existe en la cabeza del caballero: apasionado lector de tales novelas y buen conocedor de la historia. La contraposición de ambos géneros tiene fácil solución para don Quijote: todo es historia, todo es verdadero, evidenciando la fascinación que la letra impresa ha producido en él. Del mismo modo en que el *Quijote* es hijo del entendimiento de su autor, según Cervantes; el caballero de la Mancha es hijo de sus lecturas.

Don Quijote posee dos registros literarios bien delimitados: el caballeresco y el grecolatino. Su basculación entre la locura y la cordura se mueve entre ambos polos, porque, como hemos visto, sus identidades se sustentan sobre una base retórica, que es la fuente de sus metamorfosis: tantas lecturas, tantos caracteres, podríamos decir. Ya desde el comienzo de la novela debía quedar claro al lector la multiplicidad de las fuentes literarias de don Quijote, determinantes de su visión del mundo y de su actuar. En I,15, lo que no justificaría el universo caballeresco (ir montado sobre el asno de Sancho), lo autoriza el relato de Sileno:

> —Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio a ellas —dijo don Quijote—. Dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome a mí desde aquí a algún castillo donde sea curado de mis feridas. Y más, que no tendré a deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba muy a su placer caballero sobre un muy hermoso asno.

Don Quijote, a pesar de que elogia las armas sobre las letras (elogio puramente retórico) es consciente de que su única fuerza es la elocuencia, que inunda todo su discurso hasta el punto de convertirlo en una suerte de caballero andante humanista, un maestro ambulante. Es interesante, sin embargo, detenerse en el hecho de que don Quijote, cautivado por la misma retórica, se considera más preparado para las armas que para las letras, siendo palmariamente cierto lo contrario. Su propia argumentación retórica le ha engañado a él mismo: se ha persuadido de que, como en el plano ideal del discurso son más convincentes los argumentos en defensa de las armas, en el plano de la realidad sucede de modo semejante.

Su identidad docente, humanista, se verifica de modo habitual en su relación con Sancho, que llega al culmen con la instrucción oral y escrita que le imparte antes de su marcha como gobernador de la ínsula Barataria. Al inicio de estos consejos, don Quijote se presenta como el Catón del escudero:

> En esto llegó don Quijote y, sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir a su gobierno, con licencia del duque le tomó por la mano y se fue con él a su estancia, con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio (…) Dispuesto, pues, el corazón a creer lo que te he dicho, está, ¡oh hijo!, atento a este tu Catón, que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puerto deste mar proceloso donde vas a engolfarte, que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones. (II,42)

Esta identidad socrática–catoniana de don Quijote está a menudo presente en los diálogos que mantiene con su compañero de aventuras:

> —Advierte, Sancho —respondió don Quijote—, que hay dos maneras de hermosura: una del alma y otra del cuerpo; la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme, y bástale a un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. (II,58)

Texto que nos da pie para constatar que don Quijote también es consciente de su identidad física, de su corporalidad.

Observamos por tanto que las identidades retóricas de don Quijote no son meros disfraces, poses, sino que transforman su mente y su modo de razonar. Así, en el discurso sobre las armas y las letras, el caballero demuestra un conocimiento profundo de Aristóteles, a quien no cita, como un erudito o un pedante, porque tiene asimilado la doctrina del Estagirita. De forma que si la lectura de las novelas de caballerías le instala en un mundo de apariencias, henchido de encantadores y encantamientos, su formación clásica le hace asirse fuertemente a la razón. ¿Quién más racional y sistemático que Aristóteles? Y esa ambivalencia —encantamiento/ racionalidad— es bien percibida por sus oyentes:

> De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática don Quijote, que obligó a que por entonces ninguno de los que escu-

> chándole estaban le tuviese por loco, antes, como todos los más eran caballeros, a quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana. (I,37)

Los razonamientos de don Quijote no son una simple ocasión de mostrar su competencia retórica, sino que conducen a justificar su decisión de apropiarse de la condición de caballero andante.

Otra prueba de que las identidades de don Quijote no son postizas es el análisis del lenguaje. En su condición caballeresca, adopta la lengua propia de las novelas del género:

> —A la mano de Dios —dijo don Quijote—. Pues así es que vuestra señoría se me humilla, no quiero yo perder la ocasión de levantalla y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas al deseo y al camino lo que suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, a Rocinante y apareja tu jumento y el palafrén de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto. (I,46)

La polivalente identidad de don Quijote sustentada en las múltiples retóricas que ha asimilado y de las que vive no alternan drásticamente, como si de un doctor Jekyll y señor Hyde se tratara. En el ejemplo siguiente, el tópico es clásico: el *Beatus ille,* y la fuerza retórica también, pero la mención a los encantadores es un intertexto caballeresco:

> —¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser invidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen jumento y el palafrén de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto. (I,46)

La identidad de don Quijote, articulada en sus diversas dimensiones, evoluciona a lo largo de la obra. Se observa un proceso de desintoxicación del ideal caballeresco, sobre todo en la segunda parte, que deviene en el desenlace final, la metamorfosis del caballero en Alonso Quijano el Bueno. En don Quijote toma carne la disputa entre lo caballeresco y lo humanista, entre el medievo y el Renacimiento. Es un debate literario, un debate libresco encarnado en un personaje de novela. ¿Qué mejor ámbito para este pulso que una novela? En la playa de Barcelona no solo ha sido derrotado don Quijote de la Mancha: sobre todo ha sido el ideal caballeresco quien ha acabado en tierra. Don Quijote lo rumia a su regreso, y aunque es tentado de convertirse en pastor, instaurando una nueva Arcadia, su fidelidad caballeresca lo conduce a su lugar donde recobra plenamente la conciencia de hidalgo. Un Alonso Quijano el Bueno que recuerda a la fórmula *vir bonus peritus dicendi.*

La cuestión de la identidad de don Quijote nos remite a la identidad de la novela misma en que vive el personaje; novela que, al poseer el genoma de la literatura, da cabida a lo épico, lo lírico, lo elegíaco, lo trágico, lo cómico, lo satírico… El *Quijote* es una novela sobre la literatura y su personaje ha sido engendrado por ella. No obstante, el *in medio virtus* del humanismo aristotélico, la *aurea mediocritas,* ha liberado al personaje de ser un mero esclavo de los libros, y lo ha hecho morir tranquilamente en su lecho cristiano. Al fin y al cabo, el género que lo enloqueció, pese a sus problemas con la preceptiva, participaba de un ideal anarcocristiano universal que no cerraba sus puertas del todo a la sensatez del humanismo.